

I

Tiempos grises

I

¡Toc, toc!

—¡Abran inmediatamente, policía!

En el interior de la habitación alquilada para fiestas, no más espacioso que un vagón de tranvía, se quedaron de piedra, como estatuas, en la misma posición en que Lot se hizo escultura de sal en la mitología judía. Los chicos y las chicas estaban de fiesta. Habían alquilado el cuarto minúsculo en un callejón, un *cul-de-sac*, de la calle Blanquerías, muy cerca de las torres de Serranos. Lo usaban para sus juergas privadas.

La ley llamaba a la puerta del local y ellos, horror, estaban en pelota picada. Oficiaban lo que llamaban una orgía, bastante ingenua, bien es verdad, porque había poco sexo. Eran jóvenes bachilleres de instituto. Las paredes estaban decoradas con carteles de sus grupos de *rock* favoritos; en una esquina miraba un Jimi Hendrix de ojos vidriosos, en colores, tocado con un sombrero de copa; en otra había una foto de los Beatles, y otra de los Kinks. Una enorme hoz con un martillo, sacados de la revista *Triunfo*, lucían en el fondo de un ventanuco tapiado de la pared.

Les dio justo tiempo a tapan el póster clandestino en el mismo momento en que la Paqui abrió la puerta e irrumpieron los polis: dos tipos de paisano, con el consiguiente bigotito facha, traje barato de color gris y jeta gris, flanqueados por dos policías uniformados de tosco paño gris, a los que todo el mundo llamaba grises. La irrupción provocó tal pánico

entre los jóvenes que a aquella pandilla, frente al gris dominante que acababa de entrar, se le hizo todo negro.

Julián estaba sobre el colchón magreándose con su novia Marieta, y justo en ese instante, y para incrementar el pánico, acababa de eyacular en sus calzoncillos tras la manola que su novia le hacía. Y como colofón de una escena de los hermanos Marx, Frankie iba vestido de mujer. Se había travestido con la ropa de su chica. Lucía la falda plisada de las alumnas del Domus y la blusa blanca de las niñas bien, ante el estupor de los polis. Botellas de Marie Brizard, mistela de garrafón y coñac Terry, sobre una mesa. Así fabricaban *barrejat*. Por fortuna, no había drogas ilegales. Todavía no era el tiempo de los porros. Y los polizontes no descubrieron el símbolo comunista.

—Mirad a ese —dijo con cara de asco el poli de la cara gris señalando a Frankie, que no sabía dónde meterse.

Los vecinos del callejón habían llamado a la policía porque la pandilla tenía puesto el disco *Aftermath* de los Rolling Stones a toda pastilla en un *pick-up* de plástico rosa y tamaño enano que hacía furor en la época. El gurú de la fiesta, y el de más edad, era Rony, un venezolano golfo que se apuntaba a todas. En total eran seis, contando a las dos chicas. Frankie, Rony, Agustín, Marieta, Paqui y Julián. Los fueron sacando a todos y metiendo en un furgón de la policía armada que también era de color gris.

Por entonces todo era gris en aquel país de los dientes afilados. Gris la política, la cultura, las calles, la televisión en blanco y negro (que era más gris todavía). Y la mayoría de la

gente, pálida, grisácea, harta de décadas de dictadura franquista. «Veinticinco años de paz... ciencia» era el chiste que se puso de moda desde la farsa de la propaganda de 1962.

Y la poli aquella era lo peor que te podía ocurrir. Entre los lloros de la Paqui y las protestas en voz baja de Rony los trasladaron a todos a la comisaría central de la Policía en la Gran Vía de Fernando el Católico. Los chicos y las chicas estaban cagados de miedo. En realidad poco tenían que temer, pues todos eran menores de edad. Aquella desdichada tarde de redada era el segundo domingo de la primavera de 1966. La suerte que tuvo la pandilla es que en esos tiempos a la policía le interesaba más perseguir a la oposición política comunista que a jóvenes ruidosos.

No era la fiesta de Blanquerías la única que protagonizó el grupo. En el domicilio de los chavales se organizaban follones similares los fines de semana, cuando los padres de algunos se iban al chalet. Sobre todo en casa de Manolito. Su padre, abogado, viudo, desaparecía por largas temporadas, y entonces los chicos se montaban su orgía privada. Alfombraban una habitación con los colchones de las camas; ponían una luz roja de cabaret que propiciara la penumbra y música *rock* recién comprada por los hermanos mayores. En la cálida oscuridad, la cosa no pasaba del magreo y el achuchón. Las chicas no se quitaban la ropa.

Los tiempos son difíciles. La propaganda del régimen se extendía como una medusa pegajosa por todos los medios de comunicación, amordazados por las mentiras de obligada difusión. Pero lo que el régimen fascista no podía evitar era

que la modernidad y las tendencias de vanguardia europeas se colaran por las rendijas de la cesta de acero en apariencia impermeable. De manera que los hijos de los vencedores y de los vencidos encontraban acceso a las corrientes de libertad cultural. La enseñanza laica era minoritaria, pero en los grandes colegios religiosos a los que iban los chicos y chicas bien se fraguaba tanta disidencia como entre los vástagos de los republicanos silenciados. En el segundo lustro de los años sesenta la fiesta musical que venía de Londres despegabá con fuerza. Los Stones editaban sus discos, al igual que los Beatles, y Jimi Hendrix, los Kinks, los Troggs y los Doors. Eran ritmos que mezclados con la ginebra producían milagros de placer. Ellos se sentían así subversivos, disidentes de la grisura ambiente. Rechazaban integrarse en los guateques, fiestas de jóvenes más inocentes en las que se pinchaban en los primeros *pick-ups* de plástico, hoy reliquias *vintage* tan codiciadas, las canciones románticas francesas e italianas del momento, como «Mis manos en tu cintura», de Adamo, o «El baúl de los recuerdos», de Karina. Cosas así. En esas fiestas nadie se tiraba en los colchones. Se bailaba en el comedor de la casa familiar y se bebía poco. La única picardía permitida se daba cuando alguien apagaba la luz del comedor y las chicas se ponían a dar grititos mientras los chicos aprovechaban la oscuridad momentánea para meter mano. Si los chicos de los colchones eran los apocalípticos, los de los guateques podrían ser los integrados, aunque nadie hubiese leído todavía a Umberto Eco y su legendario libro. Los buenos libros, prohibidos,

también podían conseguirse en las trastiendas de las librerías. Las editoriales sudamericanas, sobre todo argentinas y mexicanas, como Losada, estaban al alcance de quien quisiera buscar. Eran otro placer añadido la búsqueda de los libros silenciados y su intercambio entre los jóvenes que sentían aquel tráfico cultural clandestino como un acicate más en su resistencia a la sociedad opresiva y ramplona.

Pasaría aún mucho tiempo para que entraran en juego la marihuana, las anfetaminas o las drogas sicodélicas. El país andaba muy retrasado respecto al resto de Europa, y no digamos EE. UU. Todo llegaba dos o tres años después de que sucediera en el mundo occidental, desde las películas de Hollywood hasta los libros y discos. En Valencia se iba con retraso. La ciudad estaba en la edad de la inocencia. Y sin embargo, los jóvenes empezaban a organizar sus orgías de juguete.

Aquellos rebeldes sí que tenían causa, y no política, sino emocional. El existencialismo de Sartre asomaba por la esquina. *La náusea* hacía estragos entre los adolescentes, al igual que *El lobo estepario*, de Hermann Hesse. Estos libros formaron el escepticismo y la rebelión de los jóvenes que los leían. Algo tenían que hacer los chicos y las chicas para pasarlo bien. Si al principio de la edad inocente los encuentros se hacían en los parques o en las casas particulares, ese movimiento juvenil fue derivando hacia los locales con música, que cada vez se abrían más.

Una suerte de *American Graffiti* a la española y el tótem de esos lugares era la *jukebox* o sinfonola, la máquina

automática de monedas que ponía discos de 45 revoluciones con los éxitos del momento. Era fascinante colocar un duro en la ranura de aquella máquina robot y observar cómo un brazo mecánico seleccionaba el disco con su canción y la música comenzaba a sonar. Fue en la calle de la Tertulia, en las inmediaciones de la vieja universidad de la Nau, donde aparecieron los dos primeros locales que ofrecían una alternativa a los típicos bares de vinos de la estudiantina y a las odiadas tunas de charanga y pandereta, agrupaciones de jóvenes apolíticos que se vestían con ropajes propios de las universidades históricas, y que con bandurrias y pande-retas se dedicaban a hacer el indio y viajar con su tabarra por el extranjero. Los chicos de la tuna representaban, sin mujeres en sus filas, la otra cara de la universidad. Los estudiantes conformistas, juerguistas, que daban la espalda a la creciente rebelión en las aulas de la España de los años sesenta.

Las radios programaban inanidad y el muermo de la cultura oficial, canciones rumberas y el flamenco folclórico de la España cañí, cantautores románticos y cómplices (como Raphael, el hombre que hacía reverencias ante la Collares, como era conocida la esposa del dictador), junto a los seriales reaccionarios, dominantes antes de que la gente tuviera televisión. Guiones que promocionaban la sumisión de la mujer y demonizaban todo lo que fuera nuevo. Frente a toda esa riada de basura franquista, elaborada por una legión nada desdeñable de periodistas falangistas, adictos al poder y serviles, los alternativos se dedicaron a copiar a conciencia lo

que venía de fuera. Europa dejó de acabarse en los Pirineos porque a través de la música, sobre todo el *soul* y el *rock and roll* primitivo, se vislumbraba una forma de ser diferente. No se trataba de *épater le bourgeois*, sino de fastidiarlo, molestarlo. En ocasiones Frankie, Prome y Julián se dedicaban a perseguir a los curas que veían por la calle. Les gustaba, en sus correrías vespertinas, ponerse cada uno camisas de color que formaban la bandera de la Segunda República. Rojo, amarillo, violeta.

Y ellos se iniciaron en copiarlo todo. Los más plagiados fueron los Beatles. Todo el mundo llevaba sus flequillos, sus pantalones acampanados y, sobre todo, los botines, que se pusieron de moda enseguida. La forma de vestir era una rebeldía en sí misma. Y a nadie se le ocurría ponerse un polo, sino camisas abiertas de flores y *jeans* que por entonces eran prohibitivos. Los Levi's auténticos eran para los chicos con papás adinerados. El resto se conformaba con la marca Lois, que era valenciana.

Años después, Francis Montesinos los vendía en la mercería que tenía su familia en el Tossal del Carme, junto a camisas de lino y zamarras y abalorios importados de la India. Esencias orientales. Era aún difícil de barruntar que Francis se haría famoso como modisto años después. Por el momento, lo suyo era vender esas cosas a los modernos y organizar fiestas nocturnas de asegurada diversión. Fiestas muy *cool*. En donde los gais estaban de moda y su transgresor aspecto atraía como la miel a numerosos jóvenes con ganas de fastidiar la moral dominante.

Una especie de Studio 54 neoyorquino, de Warhol y los demás, a la valenciana. Las fiestas privadas de Francis se hicieron legendarias. El exceso y el culto al erotismo sin mojigaterías eran los reyes de la noche. Un respiro, tras años de sequía y curas y militares, más que normal. Montesinos, al igual que otros artistas valencianos, fue pionero de una modernidad que inundó la ciudad, pese a que la fama se la llevarían Madrid y su movida, como siempre, gracias al consuetudinario centralismo de la piel de toro.

Y los bares de los alrededores de la Universidad se comenzaron a poblar con melencidos y chicas con cintas en los pelos y faldas largas y floreadas hasta los tobillos. Y el pachuli. ¡Oh, el pachuli!, un perfume que marca esos años finales de la década de los sesenta.

Fue entonces cuando el Parterre, el parque ubicado en las cercanías de la Glorieta, se convirtió en el escenario privilegiado de todos ellos. Mucho antes de que se construyera El Corte Inglés. La peña combatía el tedio de la enseñanza media en los dos únicos institutos de la ciudad. El Luis Vives de la calle Játiva para los chicos, el San Vicente Ferrer de la calle Almirante Cadarso para las chicas. En ambos se gestaba una revolución mental, porque la mayoría de sus estudiantes eran hijos de la *intelligentsia* republicana derrotada, y muchos profesores también; mandaban los fascistas, pero los republicanos estaban por todas partes, no habían acabado con todos. De manera que la verdad y las emociones estaban fuera de sus aulas. En la calle, mucho más difícil de controlar.

La aventura *beatnik* crepitaba en La Tortilla, un bar des-tartalado ubicado en un bajo de la calle de la Tertulia, cerca de la Universidad de la Nau, a cuatro pasos del parque del Parterre, donde se yergue poderosa la estatua ecuestre de Jaume I (el conquistador de la ciudad), sombreada por un magnolio centenario que fue por aquellos tiempos escenario de transgresiones. El lugar fue propicio porque bajo el ficus se daban la mano los primeros viajeros jipis de la ciudad. En aquel parque envuelto en sombras por la deficiente iluminación, los muchachos y muchachas se besuqueaban. Al anochecer, cuando cerraban los garitos de la calle de la Tertulia, el ficus gigante, junto a una gasolinera, permitía a quien se escondía entre sus raíces, tentáculos de gigante que levantaban las aceras, liarse sus porros clandestinos; algunos se enca-ramaban como monos a las partes más altas. Aquel árbol permanece como una mansión metafísica y alucinante, un refugio de amores y confidencias, de ensueños entre sombras chinescas en el ocaso de los tristes días del franquismo. Todo empezó de alguna manera en aquel parque mágico, alejado de la mirada fiscalizadora de los adultos.

Los primeros *beats*, precursores de los jipis, venían de todos los sitios y lugares, desde Katmandú y la India hasta Ibiza, y uno de los casos más notorios fue el del Peque, que se quedó varado entre dos fronteras durante un día entero por problemas de pasaporte. Por aquel parque zascandileaban todos aquellos que se sentían diferentes.

El Parterre (el Parque, como lo llamaban sus asiduos) llegó a ser una estación término de la modernidad, y en

las buhardillas de las fincas antiguas instalaban sus estudios pintores y poetas. El que llegaba a Valencia y quería saber lo que se cocía tenía que pasar por allí. Al anochecer, los bachilleres inauguraban los primeros botellones. La cultura del colocón se abría camino poco a poco. Se compraban en las farmacias pastillas para adelgazar que, mezcladas con alcohol, provocaban empatía y locuacidad. El farmacéutico Josi, en su botica de la calle de la Paz, vendía sin problemas a los muchachos el Torinal y el Bustaid. Este último fármaco era tan amargo que se tomaba con leche condensada para endulzar. La siguiente estación consistía en viajar en el autobús que paraba en la Glorieta con destino al bosque del Saler, jungla deliciosa junto al mar donde las pandillas podían refocilarse a placer, pese a la vigilancia y a los mirones que pululaban en busca de carnaza joven, y a los que había que evitar a toda costa. Lo clásico era llevarse la priva y, una vez ciegos de alcohol y pastillas, hacer el cafre por entre los pinos. Se puso de moda ese cóctel de pastillas que se vendían en las farmacias sin receta mezcladas con alcohol. El resultado era explosivo. Los muchachos saltaban entre las frondas sin miedo a ser molestados.

El cristal y el éxtasis pertenecían a la ciencia ficción; tendría que cambiar el siglo para que las nuevas drogas químicas ocuparan el lugar que les correspondía. La ironía era que, en el mismo parque del Parterre, se alzaba un edificio construido a principios de siglo que albergaba nada menos que la sede del Tribunal Tutelar de Menores. Un tribunal

que tutelaba bien poco, pues a su alrededor crecía la subversión como golondrinas en primavera.

En aquel rosario de bares que rodeaban la Universidad se fumaba el primer cannabis. La Tasca, también en la calle de la Tertulia, disponía de una *jukebox* donde se escuchaba a los Creedence Clearwater Revival, a Otis Redding, a los Rolling Stones, «A Whiter Shade of Pale» de Procol Harum y «Monday, Monday» de The Mamas and the Papas.

Miguel vendía el cannabis a veinte duros, dentro de cajitas de cerillas, *mistos* de cera que se fabricaban en Valencia. El kif, la maría, la yerba, la *mierda*, el costo; las hojas de la planta que fumaban los ancianos rifeños al otro lado del Estrecho mezcladas con taba, una especie de tabaco en polvo. Pasaría algún tiempo hasta que los más audaces comenzaran a comercializar las barritas de hachís cero-cero, a mil pesetas. Eso era calidad máxima y fue el principio del imparable reinado del *chocolate* como droga recreativa dominante. El alcaloide THC entraba en los corazones y las cabezas de la nueva generación.

Fue entonces cuando el Parque y sus cercanías se agitaron ante la redada que hizo el comisario López, de la Secreta, en el bar contiguo a La Tortilla, La Tasca, donde se encontraron varias pastillas de drogas en la cisterna del lavabo de señoras.

Cerca de allí, en Los Gestalguinos, en pleno barrio de la Xerea, la vieja judería valenciana (hoy abandonado a su suerte, entre ruinas), los adolescentes se pasan los libros de Henry Miller, *Sexus*, *Plexus* y *Nexus*, prohibidos por el

sistema. Miller y Brian Jones se hermanaban en veneración. Y también *Cien años de soledad*. Años atrás, el disco *Out of Our Heads*, de los Stones, había formado parte de la nueva filosofía de los corazones solitarios.

El pijerío jipi tenía su recorrido vespertino por la calle de la Paz; eran los que podían permitirse largarse a Ibiza a ver cómo se lo hacían los británicos y otras tribus más avanzadas. En las islas, la dictadura aflojaba la mano, por el turismo.

La calle de la Paz era el Carnaby Street valenciano. Paseaban por ella los hermanos Telda, músicos que vestían exactamente como los Beatles, con el traje blanco de Abbey Road. Y también Andy y otros más mayores, chicos y chicas muy chics que habían estado en Ibiza y dejaban un halo de magia a su paso, como dioses de la movida, intocables, rumbosos y soberbios, que se sabían observados porque eran diferentes.

2

Julián era adicto al Parque. Salía de la adolescencia, iniciaba su educación sentimental. Cuando encontraba a su pandilla, se iluminaba su cara enjuta y morena. Al ver a su novia se rastrillaba la melena con los dedos, como si fuera a tomar una decisión o ceder a un impulso. Ella era una chica de pelo negro y ojazos atigrados. Los siete días de la semana se veía llegar a la pandilla de Julián a su cita en el Parque

desde lugares diferentes, al atardecer, como conjurados. Siempre ocupaban el mismo extremo, frente a la calle de la Nau, muy cerca de la bodega.

Julián huía del poder familiar y contaba con la ventaja de ser el primogénito de tres hermanos. La disciplina paterna se cebaba en los más pequeños, y a él le dejaban suelto. Venía de un mundo de libros y música; su padre, que no quiso terminar la carrera, decía que después de tres años de guerra y otros tres de mili obligada, no le quedaron fuerzas. Como una pesadilla.

Contaba con humorismo que, después de tres años de guerra, regresó de madrugada tras-sur-Mer, muy cerca de donde murió Antonio Machado; y cuando llamó a las puertas de su casa, en un chaflán de la Gran Vía del Marqués del Turia, su padre le pegó una bofetada como recibimiento, mientras le espetaba:

—*¡Això són hores de vindre?*

Encontró trabajo en una oficina. Pasaba desapercibido, pero su casa era un foro de subversión política y estética. Su padre había hecho la guerra con los voluntarios de la Escuela de San Carlos y todos sus amigos eran artistas. En las tardes de invierno, Julián observaba desde la oscuridad a los visitantes de la biblioteca, que fumaban puros habanos y bebían café y copas de coñac.

En los años sesenta, su madre puso una especie de pensión informal en la gran casa de la Gran Vía de las Germanías. Al principio, a todos les pareció un poco humillante tener realquilados, pero habida cuenta de lo que vino después, el